

## **La butaca veintitrés**

Era la segunda vez que no le cobraban entrada. La taquillera le sonreía como le habría gustado que lo hubiese hecho su propia madre. Comprendiendo, aceptando, animando. Como cada viernes, se sentó en la butaca veintitrés de la sala más pequeña del cine. Qué orgulloso su padre, presumiendo de su cinéfila precoz, que con dieciséis años iba sola para disfrutar del séptimo arte en silencio.

Diez minutos después llegó ella y se sentó a su lado.

Cuando la película más mala de la semana llegó a la mitad, ambas supieron que la puerta no volvería a abrirse hasta que terminara. Y compartieron carmín y secretos, caricias y sueños. Deseos de libertad manchados por familias que no entendían el arte de amar.

Dos años más, decían entre besos. Dos años más para huir. Dos años más para cerrar puertas y abrir armarios.